

MDN 521

21507

MDN 1086

UNIVERSIDAD DE CUENCA

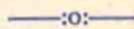
Presencia de la Poesía Cuencana

12

Alfonso Moreno Mora

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"



1955

imp. del Cms

ALFONSO MORENO MORA

Una tristeza exquisita, una tristeza infinita, una honda tristeza que se ahonda más mientras más la vida pone tonos y motivos grises sobre su destino, mientras más la poesía va siendo nostalgia musical para la niebla y la distancia... Un destierro sobre la tierra, un ahogado sollozo que se musicaliza diafanizando la belleza, pero oscureciendo más el alma, una luz que palpita emocionada mientras desde todos los costados sólo le llegan mensajes humanos de bruma y de sombra...

Tras la ventana de armonía maravillosa que creara lo perfecto del verso, tras la cárcel que la vida endureciera por mandato de relente, la mirada, el ensueño perdiéndose por los paisajes y el ser de las buenas cosas, pero siempre con perfume tristísimo de saudade, siempre en pasado, siempre en lo que dejó de ser para las pupilas, aunque viva en el lago turbado del alma, mucho más hacia la infantilidad donde decían su palabra el trino, la espuma y la cometa... A veces, la bruma desvaneciéndose instantáneamente, la niebla volviendo de momento a sus nórdicos castillos lejanos, y la mano emocionada rompiendo el cristal, tratando de

apresar el sentimiento o el paisaje que son columnas de humo azul retornando a su angelical esencia de altura, pero luego la sangre, una sangre suavè, una sangre rosa que, por más dolor que diga, siempre estará despetalando música en la copa vacía de alegrías y colmada de tristezas...

Tardes grises, sin siquiera la rúbrica de las golondrinas que se van yendo no sé dónde... Una lluvia fina, una lluvia hiriente, una lluvia que llora como niño enfermo, una chopiniana lluvia que cae con más tristeza todavía en el alma... Una lluvia que teje y desteje el pasado en hilos de cristal que duelen como los días que ya no volverán nunca...

Aislamiento, soledad, destino inconforme, ausencia, lejanía, imposible... Solo, a solas con su sola soledad, el Poeta descubriendo y describiendo la esencia musical de seres, cosas y sentimientos en un verso de asombrosa cristalinidad... Pero sus pupilas, sus propias pupilas tristes, definiendo niebla y bruma, extrañamente habitadas de inactuales distancias, pozos donde la noche se constela de sufrimiento, enredaderas de angustia subiendo como la hiedra sobre los árboles que cantan de su misma poesía...

Inconformidad, desprecio por el tiempo prosaico, mercantilizado y cruel... No puede detener su poética y honda protesta humana y divina ante el siglo mediocre, ante el siglo futbolero, ante el siglo que asesina distancias y trata de estudiar la utilidad de las golondrinas y las vertientes... Poeta íntegro, Poeta total, Poeta absoluto, sufre esta humanidad circundante mal oliente a gasolina, sucia de carbón de piedra... Desde su ventana de altísimas emociones nostálgicas escucha

el ruido de la feria y el reclamo de la propaganda... Protesta por el ambiente grosero del siglo, por su ser sin ser, por su vocinglería vacía y fatua, por su claxon de carro de lujo y su patada de estadio... Frente a todo esto, el Poeta debe ser el último Sacerdote oficiante en templo de nubes y altura, el último representante de una divina raza que se va...

— Y Alfonso Moreno Mora lo fue, lo fue en medida desmedida, en dimensión que la sola palabra no es dada en ponderar... Para su destino artístico habría que crear la Sinfonía en Gris y Cristal...

Triste, inconforme, viviendo más el pasado, siendo antena exquisita para todas las tristezas de la tierra, Alfonso Moreno Mora, uno de los más grandes Poetas de la Patria, dijo lo que habría de tornarle divinamente inactual, lo que él olvido mal intencionado ha querido olvidar, lo que será para siempre porque nació de un espíritu admirablemente musical...

Frente a los movimientos poéticos de la Patria, frente a los movimientos poéticos de América, es grande, único, perfecto... Su palabra es pura, hermosa, sencilla, diáfana, pues él mismo comprendió y confesó que sólo en la diafanidad se halla lo profundo...

— Alfonso Moreno Mora supo decir tales cosas en tristeza honda, que serán para siempre en la poesía de todos los tiempos...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

AUTOBIOGRAFIA

Mi vida: una mariposa.
El vidrio de una ventana.
Afuera el jardín, la rosa,
la gracia de la mañana.

Ver y no gozar la vida,
corta para tanto anhelo;
y sentirla cohibida
con dos alas para el vuelo.

Afuera la primavera
revuela, canta, perfuma;
la luz del sol reverbera,
se va en el agua la espuma.

Todo es tálamo, amorio,
amor, pasión y locura.
De volar, sería mío
el jardín de la hermosa.

Adentro... nada hay adentro,
que estoy afuera y no estoy;
y sobre el cristal me encuentro,
y tras el cristal me voy.

Pobre vida! Mariposa...
Vida que no realicé,
vida de vivir ansiosa
y que, ansiando, la anulé.

Copo de espuma en la arena,
mientras el río se va;
vida con angustia y pena
de lo que nunca será.

Suave vellón en la zarza
deja la oveja prendido;
dentro del nido lo engarza
el ave, al hacer su nido.

La linfa que deja el río
ablanda a la dura roca;
se evapora y de rocío
ser refrigerio le toca...

Pobre vida, vida mía,
mariposa en la ventana.
Pasa un día y otro día,
una noche, una mañana!

Pasan... y siempre es lo mismo:
afuera todo, y adentro
nada, sino el fatalismo
de no haber hallado el centro.

Quiere volar y porfía...
quiere salir, y no acierta...
hasta que han de verla un día
al pie de los vidrios, muerta...

BAJO LA LLUVIA

Llueve, llueve... Yo pienso,
tristemente, en unas cosas
que tienen el intenso
aroma de las rosas.

La lluvia evoca días
que se fueron con esas
ruidosas alegrías,
preludio de tristezas;

cuando fuimos muchachos
y soñábamos con
los torcidos mostachos
de un tío cincuentón;

y en ser grandes y dueños
de nuestra libertad:
recuerdos halagüeños
de infinita saudad!

Los tiempos antañones
tienen suave perfume,
gratas emanaciones,
que la edad no consume.

Llueve, y la tierra parda,
empapándose, efluvia

el perfume que guarda
esperando la lluvia.

Recuerdos de la infancia,
a vuestro amor me lleno
de una dulce fragancia
y un afán de ser bueno.

Bajo la fresca lluvia
de esos recuerdos de oro,
como la tierra efluvia,
sin saber por qué, lloro.

Y quisiera ser niño,
sentir y paladear
la miel de ese cariño
que ya no he de gozar.

Madrecita, mi vida
tiene sed de tu amor,
una ansia dolorida,
un secreto dolor;

no sé, pero, en la frente
quisiera tus caricias;
y en el alma, el ardiente
sabor de sus delicias.

*

* *

Qué cuadros los que evoca
friamente la lluvia:
sonreía su boca
detrás la crencha rubia;

en el muro, la sombra
de un nogal en otoño;

Ella, sobre una alfombra
teñida de madroño;

los rosales, el sauco,
algún ramo florido
asomando entre el glauco
follaje indefinido

de cien plantas bravías;
al fondo, intermitente,
las buenas melodías
del pájaro y la fuente.

El peine de marfil
hundía en el cabello;
delicioso perfil
el de su rostro bello.

Las hebras desprendidas
de esa cabeza rubia
hoy caen sacudidas
del ala de la lluvia...

*

* *

Me parece ayer tarde:
cierro los ojos, veo
de una lámpara que arde
el lento parpadeo;

la vieja sacristía
a media luz; el cura
mis pecados oía
curioso y con dulzura;

por una ancha ventana,
el follaje verduoso

de un árbol; una rana
con su croar tedioso.

Contrito me acusaba
del más leve deseo;
el cura me abrigaba
con el viejo manto.

—Con quién?... Con quién?

—Con una...

—Su nombre no me diga...

—Nó, Padre. Era de luna
esa noche... mi amiga...

Y así, difícilmente,
con silencios forzados,
contaba ingenuamente
mis hermosos pecados.

Bajo el manto tosia;
a vino, yo no sé
el pastor a qué oía;
creo que era a rapé.

La rana no cesaba
de croar; la vidriera
de lluvia se empañaba;
junto a la ornamentera

la caterva infantil
postrada; el sacristán
retiraba el atril
con desconfiado afán.

Veía, y me acusaba;
me acusaba, y veía:
el cura me exhortaba,
y yo me arrepentía.

Tiempos de dulce fe,
de santas emociones,
del olor del rapé
y de mis confesiones.

Hoy día en despoblado
miro llover. Y llueve!...
¡Oh, murria del pecado!...
¡Oh, frío de la nieve!...

El invierno qué frío,
y qué triste, y qué largo:
en mi labio el hastío
deja sabor amargo.

*
* * *

La novia que me espera,
mi noviecita que
nació en la primavera
de lindas rosas té,

de su estación florida,
de su buena estación,
me guardará escondida
la flor del corazón?

Después de la tristeza
gozaré de alegría,
gozaré la belleza
del despuntar del día?

Es de la tarde, o
de la aurora que empieza
el crepúsculo?... Yo
me muero de tristeza;

y en la sombra perdido,
la luz del alba añoro,
y pienso se ha extinguido
para mi su tesoro...

Llueve, llueve. Yo pienso
nostálgico en unas cosas
que tienen un inmenso
olor como de rosas...

En el cuento olvidado,
en la heredad perdida:
todo lo que ha dejado
aromas en mi vida...

En la melancolía
de lejano querer...
en la novia de hoy día,
en la novia de ayer...

¡Padre, Padre, te llamo
con toda el alma mía,
sé dulce, oye el reclamo
de mi melancolía!

¡Oye mi queja triste:
que te vea; que sepa
que tu piedad existe
en la más ruda estepa!

Estoy casi aterido
bajo la lluvia; estoy

a la vera tendido,
como ayer, así hoy.

La lluvia me parece
con su cansado són
que me invita a que rece
una antigua oración.

Padrenuestro, Divino
Padre nuestro, que estás
en el cielo, el camino
que sigo a dónde va?...

Padre, oh, Padre Bueno,
si no voy hacia Ti,
si me encuentro en el cieno,
ten clemencia de mi.

Llueve... llueve... Qué fría
y lenta cae la lluvia...
Tristeza... melancolía...
La tierra mojada efluvia

un dulce olor... el olor
del corazón cuando llora
y se empapa en el amor.
Mi corazón huele ahora

como un manojo de flores...
Ah, si acertara a pasar
la dueña de mis amores,
quizá cogiera el azahar,

quizá buscara el clavel...
Pero la lluvia no cesa

y en todo, en todo está el
aroma de la tristeza.

El frío cómo entumece
mi corazón, organillo
que de tocar se envejece.
Mi corazón de chiquillo

no es éste... Qué alegre era
el otro... Melancolía...
la lluvia... la primavera
que se acabó el otro día...

LA NOVIA IMPOSIBLE

Después de haber soñado largo tiempo con ella,
una mañana clara desperté de ese sueño...
y la vi ya imposible, convertida en estrella
lejana, muy lejana para mi clavileño.

Dolido y en silencio dejé correr mi llanto;
mas, como de mis lágrimas hiciérase una fuente,
la fuente cada noche copiar supo el encanto
de la estrella, y mis lágrimas corrian dulcemente.

¡Ay, cómo te suspiro y van a ti mis quejas,
estrella que en mi fuente de llanto te reflejas...!
¡Oh, mi único cariño, mi estrella de cariño!

Cuando en la noche, a veces, se vuelve a abrir la herida
y siento que se empapa de lágrimas mi vida,
palpita, nuevamente, mi corazón de niño...

DEL TIEMPO PASADO

Tuve un tiempo una novia —no sé si fué soñada;
tuve un libro de versos, manuscrito galante;
una ventana abierta —quizás medio entornada—
y la sombra de un árbol cariñoso y fragante.

Fuí feliz... ya no soy... ya no puedo... La vida
tiene crueldades... tiene inmisericordias... tiene
yo no sé lo que tiene, pero duele esta herida
y la clara esperanza hace años que no viene!

¿Quiénes verán los pinos balsámicos desde esa
ventana, en cuyo alféizar fuimos yo y la tristeza?
¿A quién presagia el vuelo blanco de las palomas?

Con los ojos abiertos a una azul teoría,
de tarde, en la ventana, de ensueño memoria,
mientras se iban dorando los pinos y las lomas.

SONETO ROSA

Yo empañé el divino cristal de tus ojos,
yo aspiré el perfume de tu boca en flor
y en tu seno ebúrneo dormí los antojos
que trescientas noches desveló el amor...

Meci con mi aliento tus trigos garzules
y el elogio dije del fecundo abril,
mientras se cerraban tus ojos azules
y tu cuello era lánguido marfil.

No sé si recuerdes... Quedan tan distantes
esos días bellos, locos y galantes,
que encendí una hoguera y avivé mi fe...

No hay claro de luna ni fuente perlada
que no me entristezcan... ¡Oh mi única amada,
la Bella Durmiente que yo desperté!

EL VIENTO

Caricia fugitiva, ¿por qué no te detienes?
Mi corazón se entreabre, igual que una vidriera,
violentamente; oh! grato viajero que vienes
de improviso y te alejas de la misma manera.

Tú estabas a mi lado con la primer cometa,
tú en mis hondas nostalgias del vivir campesino;
la torre en que se exila mi alma de poeta
tiene una flecha de oro que marca tu camino.

Yo sé cuándo has pasado por mis tierras natales,
¡oh viento que batías los flexibles trigales,
los rubios rizos de ella y las cabañas rudas...!

De ese amor que orquestaste triunfal, braviamente,
queda sólo el recuerdo, que evocas dulcemente
cuando en el áureo otoño los álamos desnudas...

HORA AZUL

¿Era la umbría azul de sus pupilas?
¿Era el azul del cielo diluido?
¿Era mi amor de súbito mecido
en dulces horas de fluir tranquilas?

Como leves, doradas hipsipilas
para el beso de amor correspondido,
venían sus miradas en pulido
cortejo de emociones intranquilas.

La luz en el jardín languidecía,
cuando ya todo ensueño presentía,
porque umbrío de huries tras el tul

hecho de oro y rubies, que un instante
—¡oh emoción del azul, hora fragante!—
todo en mi torno parecía azul.

EL TARQUI

Tranquilo vaga por las vegas, alma
ecuánime, adormida tiene el río;
ni un leve arrullo, en apacible calma,
lo mismo en el invierno que en estío.

Pace, en la margen, tarda, perezosa
grey cabrilleante de novillos gordos
que, olfateando la orilla cenagosa,
vase alejando con mugidos sordos.

Añosos sauces en el agua lloran;
las hojas secas, de otros días gala,
al reflejarse, la saucedá añoran.

La orilla duerme y a la siesta invita,
hasta que un ganso, sacudiendo el ala,
rompe en pedazos el cristal y grita.

LAS VENTANAS

Yo tengo para mí que tienen alma
las ventanas antiguas; un arcano
espíritu aletea dentro el vano
que cubren las cortinas... Cómo ensalma

divagar en románticos motivos,
arrimado al alféizar, viendo sombras
que, del jardín al ir por las alfombras,
cobran aspectos de otros seres vivos.

¿Qué me conmueve ahora?... ¿Qué despierta
tan lejanos recuerdos?... La desierta
sala no está, no puede estar vacía...

Hay alguien que me nombra en un suspiro,
y en la cortina, entre los pliegues, miro
como una sombra azul de poesía.

ELEGIA DEL AMOR QUE YA HABIA MUERTO

Ven a escuchar el canto tedioso de las ranas...
Su voz no sé qué tiene para mecer la pena;
trae acá la butaca, corre bien las ventanas
y estaremos sentados, en la noche serena.

A veces se oye un pájaro cantar entre las ramas;
si en esta noche canta, dime tú lo que quieras
que el canto signifique... ¿Preguntaré si me amas...?
¿Si he de morir primero, antes que tú...? ¿Quisieras...?

—Mejor que sea eso lo que el canto nos diga;
mas, sabe, estoy seguro de tu amor, yo no dudo:
entre todas has sido tú mi mejor amiga,

la única, la única que me ama y que me alegra...
Y pasamos sentados frente a la noche negra,
y el pájaro en las ramas pasó esa noche mudo...

MIENTRAS LLUEVE...

Mientras llueve es tan grato quedarse viendo cómo
se avivan los colores de la campiña yerta.
La lluvia evoca tanto: se diría una puerta
que se le abre al recuerdo. La campiña es un cromó:

casita de aldehuela rodeada de heliotropos,
unos niños que juegan, colorados y sanos,
el agua de las tejas recibiendo en las manos;
al fondo, la neblina deshaciéndose en copos.

Bajo el alero, mientras canturrea la lluvia,
las gallinas se han puesto nerviosamente en fila;
de repente, las nubes se disipan, y rubia,

amorosa y riente, la luz brilla en el césped,
huelen los heliotropos, el follaje destila
y los gansos anuncian la presencia de un huésped.

HONORATO VAZQUEZ

I

Vedle pasar envuelto en española
capa que abriga cuerpo delicado:
es la Gloria que pasa, aunque va sola,
y es el honor que al mismo Honor ha honrado.

En la serenidad su pena inmola;
sus ojos son los ojos que han llorado
sin lágrimas, al aire tras de la ola
que se llevara el barco destrozado.

Cuánta bondad, amor y reciedumbre,
serenidad, belleza y pesadumbre
guarda en su corazón como un tesoro!

A fuerza de ocultar toda la vida
pienso que ignora y hasta él mismo olvida
que lo que guarda son laureles de oro.

II

Al paso, de mañana, entra en la iglesia,
antes de ir —infaltable— a la casona
que sabe mitigar su cenestesia
con los blandos recuerdos que amontona.

Dentro el cimborio con olor a brescia
la Morenica, a la que siempre entona
la cantiga filial. ¡Cómo anestesia
verle los ojos cuando el dardo encona!

La solariega casa... sus hermanas
juntas le esperan todas las mañanas
con ansias de efusión y de ternura.

Allí tiene su cuarto de estudiante:
con libros antañones el estante...
los cofres son recuerdos de ventura...

III

El chambergo caído, fatigado
tal vez de sus jornadas interiores,
por el andén, entonces, asoleado,
va con su sombra, en paz con sus dolores.

Cuando habla, es de bondades un dechado,
mientras sus ojos grandes, soñadores,
parecen esperar a un invitado
que tardara en llegar. Inquiridores

miran siempre a lo lejos... De repente,
fino y cortés, caballerescamente
se inclina ante una dama, la saluda...

y el gesto doloroso, distraído
se torna señorial y distinguido
y el aire todo de su rostro muda.

IV

Si es silente, más grato es el camino...
(Balancean azules campanillas
sobre el agua que corre sin destino
de la senda callada a las orillas).

Dialoga con la piedra del molino
que al girar se deshace en florecillas.

A los cardos conoce. En el espino
su gran bondad sorprende maravillas...

Como le placen las agrestes cosas,
puebla el jardín con campesinas rosas
y agua les riega de ánforas de barro:

medran la moradilla y el poleo...
La yerbabuena calma su deseo,
su sed de campo que bebiera en jarro!...

V

El croar de las ranas le apasiona,
por eso en el jardín las alimenta:
cuando la lluvia su canción entona
también canta la rana somnolienta.

En un jarrón, la mata de congona
le da los buenos días. ¡Qué bien sienta
respirar sus aromas! Le emociona
campesina visión. El sol calienta.

Un grueso libro en el atril coloca:
su mano flaca levemente toca
las hojas del infolio amarillento...

El lee. Un pajarillo hace su nido.
Dos mariposas se aman. El olvido
ha cerrado las puertas con el viento...

VI

El crucifijo encima de la mesa
con los brazos abiertos a toda hora
le pone agua en la hiel de la tristeza:
en el silencio le habrá dicho: "Llora

feliz, que has comprendido la belleza
de los Reinos de Dios, lo que atesora

la herida del Costado, la grandeza
del que se humilla cuando a Dios implora."

Como el de Asís, es dulce y es humano:
él, sin esfuerzo, llamará su hermano
a aquel que le calumnia o aborrece...

¡Si hasta al helado cierzo de la tarde
y al tronco que se apaga y que ya no arde
los bendice, aunque el frío le entumece...!

VII

Alguna vez, al retornar la vista
a los paisajes bellos del pasado
se acuerda que es pintor y que es artista,
y pinta los primores que ha pintado.

Pinta valles y sierras con realista
pincel en nobles grises empapado;
mas, cuando copia el cielo, es idealista
en el azul del cielo embelesado.

La casa entre magueyes punzadores.
El río con sus olas y rumores.
La tranquera del cerro y la represa...

Todo con suavidad, con veladura,
fiel a su mano blanda de ternura
y a la ideal comprensión de la belleza.

VIII

Ayer cantó para callar hoy día:
le enmudeció la pena y el quebranto...
mas, ahora, todo él es armonía,
todo él canción de melodioso encanto.

Gotear se oye letal melancolía,
pero nadie en sus ojos mira llanto;

rodrigón del dolor, a su poesía
la virtud la ha arropado con su manto.

En su cuarto de estudio, ante el bargeño
ya un grueso infolio hojea, ya un pequeño
Kempis que le esperanza y le conforta...

La quietud, la penumbra, la belleza
con arte y con amor a su tristeza
le han hecho nido donde vive absorta.

IX

Cuando muere, cien pardas golondrinas
entran a revolar sobre su caja,
quizá ansiando arrancarle las espinas
que ya apenas si hieren su mortaja.

Parpadean los cirios. Las cortinas,
temblorosas, se mueven; nada ataja
el claromoroso vuelo en cristalinas
notas deshecho cuando sube o baja...

Las floridas guirnaldas se deshacen
al chocar de la salas, y a que pasen
bien se inclina o se apaga alguna vela...

Un clamor milagroso, apasionado,
en el silencio grávido ha sonado
y asombra abajo y hacia arriba vuela!

X

Duerma en paz... No otro don apetecía
su espíritu cansado; no otra cosa
al Cielo, con blandura, le pedía
del huerto en flor en la quietud umbrosa.

No bien su noble vida atardecía
cuando vino la noche pesarosa...

¡Duerma en paz, que la paz es como el día
que amanece teñido de luz rosa...!

El floreció en sus hijos, sus amores;
y viento frío marchitó a las flores
en el tallo, dejándolas heladas...

Por la Patria bregó su pensamiento...
¡Y ella quizá le olvide este momento,
ciega al fulgor de nuevas alboradas...!

XI

Duerma en paz... yazga en paz... en el olvido,
blanco olvido de losa funeraria;
ya no existen las cosas que ha querido:
la vida hasta después le fué contraria.

Su jardín entre yerbas se ha perdido
como en la sombra de la noche una aria
que tras de recrearnos el oído
vuela a morir en la región agraria.

Los brutos los rosales han hollado:
sus plantas favoritas se han tronchado
bajo los cascos del caballo... Un día

igual que conventillo, su morada
a mil gentes de facha abigarrada,
sin rubor, acogióles a porfía...

XII

Sus joyas —joyas de Arte— ¿qué se han hecho?
El Museo y la hermosa Biblioteca,
igual que su jardín, ya se han deshecho
como flavo montón de yerba seca.

Para tanto primor, venía estrecho
el salón colonial... ¡La vida enteca

de este siglo realista, dentro el pecho
no tiene corazón! Sangre reseca

se ha estancado en sus venas: no ambiciona,
no sueña, no idealiza, no blasona...
¡La pobre vida de hoy ya no ama nada!

Se vive libre... al aire! En el estadio
se habla de Diplomacia; y en la radio
la mano aplaude la última patada...

LA HORA DEL PASTOR

En el oro vespertino
se engarzan sueños azules;
la ventana ve el camino,
se doran los abedules.

Véspers brillante ilumina,
la luna blanca se dora,
hay un pájaro que trina
y un chorro de agua que llora.

Tarde de lumbre serena,
tarde hermosa, y, sin embargo,
sigue en mis labios la pena
vertiendo su vino amargo.

Malestar de amor, fragancia
de navidad de cariño;
miro al campo, a la distancia
cantando se pierde un niño.

Infancia, sueños azules
mejores que de poetas;
en los altos abedules
se enredaban las cometas.

Tiempos idos... Primavera...
Hoy sí florece, florece

un tedio que desespera
y una nostalgia que crece.

Lo que quiero?: que me quiera
la que es de sol rubio lampo,
la única primavera
que está pidiendo mi campo.

Mi alma toda se consume
por llegar a unos amores,
amores con el perfume
de jardín lleno de flores.

Estar solo, ver el lecho,—
pradera, campo vacío—,
donde la flor de su pecho
se cuajara de rocío.

La noche se ahuyenta el sueño
de estar pensando en las cosas
que pensaría mi dueño
cuando florezcan sus rosas.

Tengo tedio; me da pena
cerrar los ojos, dormir
cuando quisiera vivir
viendo su gracia serena.

Aquí se hundieran sus senos,
su cabello aquí se oliera;
Dios mío, fuéramos buenos,
la quisiera y me quisiera.

Sus ojos dulces y mansos
me miran, fulguran, crecen;
sus ojos... ¡ahl, se parecen
al agua de los remansos.

Un malestar, una gana
de estar mirando el camino...
de no cerrar la ventana...
de conocer mi destino.

Por qué serán un arcano
estas cosas de la vida?...
¡Si conociera la mano
que ha de vendarme la herida!...

Pero nada... voy andando
como ciego; ¡si tuviera
un perro que ladre cuando
se avecina la Químera!...

En las aspas del molino
queda en astillas mi lanza;
queda blanqueando el camino
con jirones de esperanza.

Victima de un espejismo,
alargo tanto la senda,
que dudó si soy yo mismo
el que ayer plegó la tienda.

Mi amor no tiene fortuna,
voy errante y llevo el
corazón vuelto a la luna;
la luna, el áureo bajel

donde viajan las brillantes
pupilas enamoradas,
las pupilas llameantes
de las novias olvidadas.

De mis huertos otoñales
me llega una mansedumbre
de hogar, de alcoba, de lumbre...
se esperan mis ideales.

Y si la vida no ríe
el corazón se anestesia,
y en la noche se deslie
lo cruel de la hiperestesia.

En la llanura florida
la luna tiende sus gasas;
se van durmiendo las casas;
se va cerrando mi herida...

Es Dios... es la poesía...
es la luna... es el sendero...
Hoy ríela como lucero
mi dulce melancolía.

CISNES

Curvados los cuellos, de seda los flancos,
unos cisnes negros y otros cisnes blancos
navegan, navegan, con leve rumor.
Ellos son los días que pasamos juntos,
las horas de gracia, los sueños difuntos,
la melancolía que deja el amor.

Argenta la luna las aguas tranquilas,
del fondo del lago me ven tus pupilas,
igual que dos algas, sedientas de luz.
Los cisnes, en tanto, van junto a los lotos,
semejando esquifes; yo sueño en remotos
países de olvido, Golconda u Ormuz.

¿Qué nave ligera, rompiendo el encanto,
llevárame lejos, donde el desencanto,
artista exquisito, se olvide de ser;
y vuelva en otra hora, propicia y serena,
en otro mar hondo, con otra sirena,
al mismo divino tormento volver?

Herida sangrienta que vendan con linos
las hadas de todos los buenos caminos,
tú, la flor votiva, la divina flor,
no te cambiaría con miles de estrellas,
abierta en el alma, florida por ellas,
eres rosa heráldica, rosa del amor.

Y van cisnes negros, y van cisnes blancos,
curvados los cuellos, sedosos los flancos,
poblando los lagos del reino interior;
y en medio los lotos y mientras yo sueño,
igual que si fueran esquifes sin dueño
discurren volubles, con leve rumor.

ESTA MESA DE CEDRO

Buena mesa en que escribo, andando con tus pies,
has transportado al bosque mi enorme languidez.

Sobre la hoja blanca mi cabeza se inclina;
escribo, escribo, escribo, y mi angustia camina...

Buena mesa en que escribo, sobre tus cuatro pies,
igual que en cuatro ruedas, se va mi languidez.

Me enseñó Doña Juana de Ibarbourou el modo
de salir a los campos, de voltear el recodo,

De subir una cima...; me enseñó Doña Juana,
y estoy, hace media hora, en la selva lozana.

Buena mesa en que escribo, hace años, una vez,
fuiste cedro robusto, fuiste árbol montañés.

RETORNO

Mi espíritu era un verso impar y melodioso
que no encontraba rima; rebelde y orgulloso

con una cauda de odios y halo brillante, lejos
de la prosa diaria y de los ritos viejos,

trazaba una parábola, sin sentir del sistema
la atracción y sí el grande valor de mi poema.

Un día, tal comienzan los cuentos antañones,
como si me volviera más humano, emociones

desconocidas antes, bordáronme un encaje
que, puesto entre mis ojos huraños y el paisaje,

le dió al paisaje un alma hermana de la mía,
las almas se acoplaron y amaneció mi día.

Mi vida se hizo entonces una nostalgia oliente
a jardín campesino, a laguna, a torrente;

comprendí la voz grave de la naturaleza,
y en las cosas humildes descubrí la belleza.

¡Si nosotros supiéramos lo que sabe la tierra,
si nosotros miráramos lo que su seno encierra...!

En vano ella nos habla en tan variadas voces,
pobre alma, que te mueres de tedio, no conoces

que ella es madre y su seno tiene savia jugosa
que puede hacerte joven, fuerte, sana y hermosa.

Si eres triste y oscura, esplendor tiene el astro;
si has perdido el camino, cada estrella es un rastro.

Aprende de las flores presas en el ramaje
a ser presa del tiempo y presa del paisaje.

Con la monotonía diaria me acostumbro
porque tras las paredes de la vida columbro

otra vida que pone una suave sonrisa
en mis labios y en mi alma una actitud sumisa.

¡Qué fuera de las aves si es que no hubiera selvas
para sus nidos... Alma, es preciso que vuelvas

los ojos a la tierra para encontrar consuelo;
las aves, de las ramas emprenden siempre el vuelo,

y esta vida es un árbol: ciprés, granado o pino,
en donde, en fausta hora, un amable destino

colgó el nido de donde, con el don de armonía,
volaremos a otros países, cualquier día.

Señor, cuando el paisaje matinal me sonríe
tus labios me sonríen; mi espíritu se engríe,

y en el divino andamio de las meditaciones,
igual que fueran flores, se llena de emociones,

y, así, flordelizada, la yedra oscura y triste
siente que de un encanto sobrehumano se viste.

Ya no es el verso único rayo de sol perdido
en los altos espacios; ya no el incomprendido

que se angustia en la torre de su retraimiento.
Señor, por comprenderte luchó mi pensamiento;

Señor, por encontrarte se fatigó mi planta:
ya te comprendo y hallo... ¡Señor, mi dicha es tanta!

Yo te buscaba lejos, en las teogonías
oscuras, en los libros, y Tú, todos los días,

pasabas por mi lado, o entrabas en mi estancia,
en la luz, en el aire, en la tibia fragancia

de los huertos, en toda la inmensa sinfonía
con que el campo saluda la luz del nuevo día.

Átomo soy, pero átomo que emana de tu esencia,
que flota en Ti, que siente, que vive en tu presencia.

Ya no cruzo desiertos, ni montañas humillo,
ni siquiera ofuscado me siento con tu brillo:

sabes transfigurarte de maneras tan buenas
que te veo y te siento, aun dentro de mis penas...!

NEBLINAS

Tarde de blanca niebla circuida;
quedan sólo el jardín, el muro, el techo
visibles en la bruma sacudida
por el viento, en mil ráfagas deshecho.

De neblina se llenan los barrancos,
el monte enhiesto entre la niebla se hunde;
parece una locura de alas blancas
que el huracán la abate y la confunde.

Arriba, al sur, un fúlgido meteoro
pone una franja luminosa de oro
que se tiende y reluce como estela.

Y del llano a los páramos distantes
una pareja gris de aves errantes
desorientada, dando gritos, vuela.

FLORES DE OTOÑO

I

Mi vida entristeci6se lentamente, a manera
de una tarde que muere llena de claridad.
Amaneci6 radiante su ma1ana primera,
cantaron mis veinte a1os coplas de ingenuidad.

Y despu6s, de repente, se fu6 la Primavera,
mis golondrinas l6ricas y mi diafanidad.
Los ensue1os salian triscando a la pradera
cuando cay6 la noche de adusta realidad.

Tengo envidia de un pino que en el azul recorta
su silueta magnifica; con la mirada absorta
voy so1ando mis sue1os y a1orando mi amor.

De s6bito me asusta la voz de una campana:
como si me llamaran, me asomo a la ventana,
... y las gentes deambulan. Y mi eterno dolor.

II

Vivo tras los vitrales viendo el azul. Diria
que en mi alma hay una alondra ansiosa de volar,
volar infatigable con el ala del dia,
y la noche, otro cielo, otra estrella mirar...

Tienen algunas tardes honda melancolía,
otras, una tristeza de vivir y añorar.
Pienso en los tiempos viejos... el huerto en flor olía,
y nadie su cancela se atrevía a rondar...

Todos tuvimos una luminosa mañana.
¿Por qué la miraría?... Detrás de la ventana
sus labios sonriéronme una vez y otra vez;

luego nos conocimos, la quería de veras,
se amansaron al canto sus azules panteras;
después, lo irremediable, y lo fatal, después...

III

Angelus de la tarde... Campana gemidora,
¿por qué no eres alegre como un claro cristal?
En los cielos de nácar, la tarde, al irse, enflora
margaritas que aroman con aroma ideal!

El pino yace en éxtasis. Las monjas dan la hora.
Siento un hálito dulce de vida monacal.
El alma en las pupilas se vuelve soñadora
viendo el cielo, este cielo, ¡milagroso fanal!

Señor, si no me quejo: bendigo mi destino!
Con las aves amigas que cantan en el pino,
con las estrellas blondas te he de cantar, Señor.

Marchitas ya las rosas que embriagaron mi vida,
de nuevo armíña mi alma, y, a tu amor encendida,
tal un cirio votivo, se consume de amor.

IV

Santa melancolía, dulce melancolía,
savía del mundo, fuente de luz y de saber,
en esta flor que se abre de amor, el alma mía,
tu rocío de lágrimas que yo sienta caer!

Hazla fuerte, hazla dulce, dále tu poesía,
tu vigor, tus consejos, para que pueda ver

buenas la tierra y buenas la sed en la ardencia
el frío en el silencio de un pronto anochecer...

De las últimas rosas para mí los espinos,
del cansancio de tantos y tan luengos caminos
en almohada florida te vea descansar.

Tu pecho junto al mío, tus manos en mis manos;
dulce Melancolía, seamos dos hermanos:
que ya nada en la vida nos vuelva a separar.

ORACION DE LOS BUENOS RECUERDOS

Para mis penas hondas, Señor, dame el consuelo
de los buenos recuerdos, que fueran algún día
mis buenas esperanzas, las de color de cielo,
que al morirse dejaronme esta melancolía.

Cuando los corazones locos de un mismo anhelo
palparon isócronos, cuando el Hada Armonía
rítmara nuestras vidas, música de violoncelo,
arco leve y divino de la ideal poesía.

Su cabecita de oro finge una tarde de oro...
Las primeras estrellas en sus ojos las miro:
dos azules promesas y un divino tesoro.

Tarde dorada y triste! Mi vida es una tarde;
al ocaso mi propio corazón quema y arde...
y no es el viento sino yo mismo que suspiro.

ELEGIA DE ANTAÑO

Soy como un mármol triste que no recuerda dónde
fuera mármol glorioso. ¡Pretérita grandeza!
En vulgar cotidiano, mi alma ahora se esconde
como bajo del manto la suprema belleza.

Alma mía, morena de ojos grandes y oscuros,
desnuda como un lirio, en impudor divino,
ingrácida, furtiva, sin oír los conjuros
blasfemos de la turba, te vas por el camino.

Mi tristeza te cubre, mi mutismo de escuda,
mi desdén es la seda que se envuelve en la seda
de tu carne radiante, virginal y desnuda.

Así, yo el manto burdo; tú, la estatua divina;
yo la fimbria que rueda,
tú el ala milagrosa que en el azur camina.

DUALIDAD MISTERIOSA

No eres tú la que quiero, no eres tú la que adoro:
mi amada adolescente sigue viviendo en mí;
tú eres otra distinta de la que es mi tesoro,
tú vives fuera, y ella vive dentro de mí...

Tienes las mismas manos, las mismas crenchas de oro,
pero aquella inefable dulzura no hay en ti,
esa dulzura única, por la que yo la lloro,
esa dulzura grande que sólo en ella vi...

Tú, por gracia secreta, tienes el don divino
—cuando nos encontramos al ir por el camino—
de evocarla, con una tangible precisión.

Te veo, y dolorido mi corazón la nombra;
pasas, y sin que sientas vas pisando la alfombra
del recuerdo amoroso que hay en mi corazón!...

EPISTOLA A DON LUIS FELIPE DE LA ROSA

Luis Felipe: tu vida de inquietud se remansa
con una pierna menos y una experiencia más.
Tu diestra, en el naufragio, la boya al fin alcanza
y serenado miras catorce años atrás.

¡Has triunfado! Pregundo: ¿la victoria te alegra?
¿Te compensa las penas, penas de ayer, sin fin,
cuando tu musa errante, bajo la noche negra
era tal una fuente que llora en un jardín?

Si del alma pudiéramos hacer un palimpsesto,
borrar todo lo triste para escribir con luz
epitalamios rosas... Ah! qué dicha fuera esto,
olvidar que en el hombro llevamos una cruz.

Dichoso tú que tienes dos lánguidos camellos
o una hermana, la dulce compañera ideal:
el mar y las montañas y los países bellos
en tantas latitudes, te harán pronto olvidar.

Las horas en la aldea resbalan lentamente,
como un carro repleto de basura y dolor;
el mismo aspecto siempre, la misma luz, la gente
grávida de hipocresía, de Cristo y de rencor.

Se vive sin motivo... Supieras lo que es eso...
está ya en mí extinguida el ansia de vivir,

y sin embargo, sigó como un can con su hueso,
royendo la infinita tristeza de existir.

Ideales? ¿De qué valen ideales? —Sancho Panza
nunca cubre una letra que le gira el ideal;
el arte... de cocina triunfa, y los lauros alcanza
y un maitre es un pontifice de gorro y delantal...

El amor?: mermeladas que se venden por platos,
y compran los chiquillos de veinte años lo más...
La gloria?: una ramera que vive en malos tratos
con cualquier poetilla que sepa ser audaz.

Los poetas?: artistas de la estirpe de Apolo,
el incienso y la mirra, el oro y el laurel,
cada cual, con delirio, quiere para si solo,
y con desprecio mira la obra que no es de él...

Luis Felipe: es qué negra la nada de las cosas,
las ambiciones muertas y el otoño interior;
espinas sólo cuajan donde antes hubo rosas,
en las mustias acacias no canta el ruiseñor.

Vivo? Para qué vivo? Quién me manda que viva?
Puedo aún una nueva primavera esperar?
Y si a Dios le demando, Dios hará que reciba
un lote, un nuevo lote de fuerza, para andar...?

Luis Felipe, tú empiezas: yo acabo, me retiro;
la vida ha sido mala, muy mala para mí:
mi cáliz está exhausto, su fondo oscuro miro;
pero voy a llenarlo para brindar por ti...

Por ti... Lección viviente de arboricultura:
es porque te han podado que vas a florecer;
es porque estás sin pierna que vas a la ventura;
es porque estás ya viejo que te ama una mujer...

Por ti, Oh! arrepentido bohemio penitente;
por ti que ya no bebes sino agua mineral;
levantaré mi copa con ademán doliente,
y beberé de un sorbo con decisión fatal...

Es juguete de niños la más pulcra esperanza;
he mirado ya mucho, para esperar ver más...
La luz, el aire, todo me fastidia y me cansa,
y en el busto de Palas clama el cuervo: Jamás...!!!

ELEGIA DE LA NOCHE MISTICA Y LUNADA

Así como los trigos en la buena estación
salen de entre los surcos y se elevan, así
la sombra es esta noche milagrosa eclosión
de granadas espigas que se alzan hasta mí.

Y así como los trigos vándose tornando rubios,
la sombra, con la luna, se vuelve claridad;
y así como en las eras, en la sombra hay efluvios
donde domina el soplo de la divinidad.

Noche lunada y mística, desde que atardeció,
cuidando que mi planta no dañe ni una espiga,
por místicos trigales nos vamos Dios y yo.

Oh sombra misteriosa, oh sabio dialogar,
el estanque de mi alma llena la mano amiga
de Dios, que me habla y me oye en la calma lunar.

ELEGIA DEL PAJARO ENFERMO

Pobre pájaro enfermo! La mañana radiante
es para él un sarcasmo de sol y de alegría;
otros pájaros cantan en el cielo incitante
y él ve llegar la muerte con la muerte del día.

Está helado en el nido donde soñó ternuras,
junto a la hembra dichosa, sobre los huevos blancos.
Entre las ramas trémulas cantas las auras puras;
las palomas se arrullan al sol, en los barrancos.

Los vientos del otoño deshicieron su nido,
arrancaron las hojas del árbol preferido;
los vientos del otoño traen su ay! lastimero.

En el campo maduro crepitan las espigas;
él mira a los honderos, él oye sus cantigas
y aún tiembla si restallá su honda él pajarero.

ELEGIA DE LAS PERLAS

En el país del ámbar, de la concha en el seno
coloreado de rosa, en virginal clausura,
a la luz ocultando su tímida blancura,
viven las margaritas su vivir casto y bueno.

En opulento cofre donde extasia verlas,
en metal engarzadas o en lánguidos collares,
sintiendo la nostalgia de los marinos lares,
en quietud angustiosa van muriendo las perlas.

Han perdido el oriente, la blancura han perdido
y, envueltas en un velo de llanto contenido,
sueñan en lechos de algas felices descansar.

Las mujeres que ignoran sus misteriosas cuitas
hablan de maleficios y, tristes margaritas,
las guardan más ocultas que en la concha y el mar.

SILUETAS LIRICAS

.....?

Ama lo místico y pagano,
demora lejos de la gente,
la que le inspira un extrahumano
gesto de pena indiferente.

Su vida es suya y va en su mano,
como una joya decadente;
Aeda en Grecia; en Herculano,
mármol desnudo y sonriente.

Catorce llaves misteriosas
abren catorce paraísos
que olvidar le hacen de las cosas...

Y cada día más extraño,
se va olvidando del rebaño
de blancos, negros y mestizos.

.....?

Como lo raro de la copia
su ideal se aleja de lo exiguo,
y en un ambiente de arte antiguo
sueña una vida intensa y propia.

Valiosas joyas de arte acopia,
sin que se engañe con lo ambiguo;
y, al libertarse de lo exiguo,
croan las ranas de la inopia.

Resuelve, sueña, piensa, escribe
sólo plasmando lo que vive,
grandes anhelos que se intuyen...

Alma exquisita y dolorosa;
el Arte fluye un cielo rosa,
pero las alas blancas huyen...

.....?

En un amable desencanto
vive la vida sin querer;
mujeres bellas son su encanto;
miniar paisajes, su placer.

Pudo su voz unir al canto
de las alondras y hasta ser
la voz más suave; mas el llanto
dejó en sus ojos de correr...

Frio, solemne, desdenguado,
va por la senda silencioso
hasta que él quiera sólo ir...

Cuando se canse cualquier día,
en tu seno, Melancolia,
la hipnosis honda ha de dormir...

.....?

Huye del vulgo su fiereza,
y en lo más alto de un castillo
vive de arte y de belleza,
ya complicado, ya sencillo.

Con su leyenda y su grandeza
cruza nimbado en áureo brillo;

la boca rie, el labio besa,
luce en la diestra un raro anillo.

Arquetipo de lo malsano
a un tiempo mismo hay en su mano
el lino blanco de las vendas

y el fino estoque florentino,
que sangra y fulge en sus contiendas
de decadente volterino.

.....?

Cuando le miro, de repente
sueño en lejanos avatares...
¿Vino de Oriente u Occidente?
¿Surcó su nave ignotos mares?

En su mirada inteligente
de irradiaciones estelares,
como en las noches, mansamente,
fulgen tranquilas luminare.

¿Fué acaso lirio florecido
en algún lago del olvido,
donde los blancos cisnes bogan?

Yo sólo sé que ama los versos
y en los azules lagos tersos
por él los cisnes interrogan...

.....?

Feliz en el reino sonoro
su azul alcázar se levanta;
esfinges guardan su tesoro
y él mismo ignora cuando canta.

Para sus versos busca el oro,
que a otros afana y desencanta;
las musas vivas le hacen coro,
lira doliente es su garganta.

Por las ventanas ojivales,
como la luz por los cristales,
entran los dardos de lo estulto;

mas cada flecha que le toca
se hace en sus manos llama loca,
votiva lámpara del culto.

ELEGIA DE LOS PERROS QUE MUERDEN

Son de una estirpe insulsa
y es insulsa y estéril aún su saña...
Yo les dejo que ladren: les impulsa
un obscuro rencor a la campaña.

Y les miro con pena: es su destino
ladrar, morder... Ladran la noche entera,
seguirle al viandante en el camino,
y en la sombra volver a la perrera.

Si, les miro con pena en su destino,
con pena y simpatía dolorosa:
que el diente envenenado es marfilino
y que la lengua viperina es rosa.

¿Qué saben del azur y de la estrella?
¿Qué saben del laurel y del acanto?
¿De la mujer, la creación más bella,
ni del más bello don, el don del canto?

Sólo para ladrar miran el cielo
los canes agoreros; de otro modo
van y vienen los ojos en el suelo
y su sombra y las patas en el lodo...

Famélicos, rabiosos, cada día
contemplan cómo crecen los rebaños,
sintiendo sin razón su lozania
y la flor marchitarse de sus años.

—¿Sólo para ladrar tanta pujanza?
¿y para ver morir tanta belleba?...
Y el ser, la especie cuya voz alcanza
circunvalar la gran naturaleza?

Piensan, y el odio se les vuelve llaga,
les anubla la vista,
olfatean la sangre y les embriaga,
y disparados salen a la pista.

Y es la embestida torpe, el desvario,
la dentellada dura, el desacierto...
Necesitan morder, ladrar con brio.
Y el eco va rodando en el desierto.

ELEGIA DEL RIO EXHAUSTO

Cuantas piedras estaban debajo la corriente,
cubiertas hoy de lama salen a flor de cauce;
el agua forma charcas, las charcas mansamente
copian sobre una nube la silueta de un sauce.

Dos niños se divierten sobre la húmeda arena
que cede bajo el peso de sus cuerpos bronceados;
graciosos y desnudos y ajenos a la pena,
lanzan piedras al agua donde otros se han ahogado.

Unos pájaros grises, a lo largo del río,
vuelan de piedra en piedra; unos pájaros grises
que de seguro deben padecer en estío.

Yo pienso, mientras brilla el sol como una fragua,
en la intensa fatiga que le acongoja al agua
cuando en verano tiene que recorrer países...

LA CASITA CAMPESTRE

Mancha roja en el llano, la casita campestre,
sentada en el camino, se parece a una novia
que volviera del pueblo, buenamente pedestre,
sin sentir en el alma la tristeza que agobia.

Ni vestido de fiesta, ni traje de semana,
su indumento es paisano del distoma que aflige
los apriscos y merma las cosechas de lana,
pues se mueren tosiendo las corderas que elige.

La estameña bordada le han bordado las flores;
en nieve está cortada con greca de colores,
la camisa de lienzo, pudorosa de escote...

Esta casa de campo con qué placer la haría,
o cuna de algún hijo que se llame Alegría
o sanatorio en donde muera en paz Don Quijote.

VISION LIRICA

Nosotros los poetas, que es cual si se dijera
nosotros los rosales de toda primavera
o nosotros los pájaros que alegran la pradera,

una visión divina tenemos que cumplir
hoy día más que nunca, pues el rudo existir
va empañando de negro la gloria del vivir.

El aire está impregnado de brea y gasolina,
mancha el azul celeste la hulla de la mina
y entre oleadas de sangre la humanidad camina.

Hoy el afán vesánico de amontonar riquezas,
rompiendo los jardines o arrancando malezas,
pero sólo en tres días, tortura las cabezas.

En el país del hierro, de las incubadoras
las águilas revientan; raudas locomotoras
anulan el paisaje tranquilo de las horas.

Los bueyes pensativos, rumiando su tristeza,
desde el silencio de égloga de la húmeda dehesa,
miran pasar las máquinas de ruda fortaleza.

Portadoras de oro, van surcando los mares,
naves que en otros días y en otros avatares
tripularon los hombres que están hoy en altares.

A las puertas del Templo de la Venus de Milo
discute un accionista de una fábrica de hilo,
y telas para mantos anuncia a tanto el kilo.

Triunfan las democracias; lo grande nadie alaba;
ya no hay gentes heroicas; la actitud noble y brava
está sola en el mármol... la belleza se acaba!

¿Qué haremos los poetas al mirar tales cosas...?
¿Cefirnos la cabeza de pámpanos y rosas
y gozar con las ninfas en las selvas umbrosas...?

Arrancar de la lira las cien cuerdas vibrantes
y de los filisteos en los torsos gigantes
sacudirlas elásticas, nerviosas y sonantes...?

Abandonar el Templo, dejar el recio manto,
congregarse en las plazas y mofarse del canto
que vino de los cielos y que es tres veces santo...?

Si cortan un granado, nido de ruiseñores,
los pájaros emigran; en pos de nuevas flores
discurren las abejas, y en perlas y rumores,

si encuentran un obstáculo, desátanse los ríos.
Nosotros, en esta era de hombres fuertes, bravios,
cantemos con más gracia, con más fe, con más bríos.

¿Quién dice, porque cantan a toda hora del día,
que las aves son locas? Milagro es la armonía,
como es milagro grande la santa poesía.

¡Cantemos nuestro canto! Sea luz en la mina;
en el más negro espíritu, estrella que ilumina;
luz, en la noche negra del que a tientas camina.

¡Cantemos nuestro canto! Es óleo que adormece,
divina luz y fuego que el cielo nos ofrece,
y hay tanta hora sombría que al alma le entumece.

Pongamos un aroma de gracia y de frescura
en este aire cargado de olor a calentura;
olor malsano y triste de condición impura.

El mundo necesita de un nuevo redentor,
millares de almas tristes le esperan con temblor,
asi como se espera sublime y grande amor...

Mi espíritu lo siente: exhala olor a nardo;
mi espíritu se angustia: viene con paso tardo...;
pero él vendrá, y seremos heridos por su dardo.

Entonces, nuevamente, habrá una florescencia
de ideal en tantas almas marchitas por la ciencia,
y serán en la tierra la paz y la inocencia.

Su amor ha de reunirnos en un amor a todos
los que hoy el egoísmo olvida en los recodos,
y el mal de las pasiones separa de mil modos.

Doctrina de belleza, religión de ternura,
lazo de caridad: risueña, fácil, pura,
nos llevará a los reinos de la santa hermosura.

La senda será suave de rosas sin espinas,
los días luminosos, las noches cristalinas
y serán nuestras almas estrellas peregrinas...

—Poetas, anunciemos al siglo su venida,
pongamos un consuelo de fe refulgida
en medio a los desiertos amargos de la vida.

¡Poetas, oh poetas, formemos la áurea Corte
de la Belleza Suma, su lumbre nos conforte
y, brújulas vivientes, marquemos siempre el Norte!

MI MADRE

Mi madre!... Daban luz los ventanales;
una canción de cuna, otra devota;
mimo su voz, que del silencio brota,
caricia sus miradas maternas.

La primera palabra aprendí de ella,
dí a su amparo de amor el primer paso;
cuantas veces, dormido en su regazo,
recibi de sus manos una estrella!...

De una gruta de amor, estalagmitas
sus manos... Si, me acuerdo, pequeñitas,
blancas y con hoyuelos claroscuras...

Un día ha de mirarlas mi alma, pienso,
entre rayos de luz, nubes de incieso,
rodeada de los ángeles más puros...

LUNA NUEVA

Albean los apriscos bajo la noche bruna,
igual la vía láctea sobre el azul sombrío,
que rayan los meteoros y copia la laguna,
mientras las epidermis retrogradan de frío.

En fatigosos círculos el campo mide una
lechuzca; en la hondonada a ratos se oye al río,
y, evocación funesta, la amable, clara luna
parece una guadaña suspensa en el vacío.

Da miedo tanta calma, tanta estática sombra... ¡
El recuerdo de un muerto pasa hollando la alfombra
de los nervios que se hunden bajo sus pies huesosos,

y como si es que hubiera un sanatorio cerca,
la tos de los apriscos y la luna en la alberca
evocan el suplicio de los tuberculosos.

EL LECHO

Este lecho de hierro testigo es de mis sueños
de oro y rosas de niño; hoy mi hijo duerme en él;
familiar deben serle mirajes halagüeños;
en su boca las hadas viértente acaso miel.

Como perla en la concha, su cabeza en la ropa
descansa suavemente, llena de languidez;
y mientras mi cariño solícito le arropa,
el mismo éxodo miro por milésima vez.

Después de algunos años le vendrá muy estrecho
y tendrá que dejarlo por otro nuevo lecho:
vivir es ir cambiando de lechos, nada más...

El último, el postrero, el que da un sueño manso,
lo hallamos bajo tierra: la tierra es el remanso
supremo de la vida que se agita en su faz...

EL PERRO FILOSOFO

Tal un pétalo húmedo de una rosa gigante,
entre el marfil asoma de los blancos colmillos
la lengua de mi perro, que camina adelante,
las orejas erguidas, venteando los tomillos.

Levanta el vuelo un ave que sestea las matas,
el perro se abalanza, pero cierra los ojos,
y se contiene y para... Sus pobres cuatro patas
nacieron para el suelo que eriza los abrojos...

El perro me ha enseñado nueva lección hoy día:
es un perro filósofo; de su filosofía
se aprende muchas cosas... Frente al miraje vano,

lo mismo que ante tantas mentidas ilusiones,
ya sé cerrar los ojos. En estas vacaciones,
voy a pedirle al perro un curso de verano.

EUGENIA

El jardín verde claro... El manzano florido
con parásitas grises... Algunas ramas de uva,
con sencillez decoran la casa vuelta nido,
el nido tan soñado donde el amor se incuba...

Ella, tras la ventana, mira los campos, sola...
Su amado, un nuevo disco pone a girar con miedo,
pues teme que en la música fugaz de la victrola
no se mueran los gritos que a ratos lanza el tedio.

Ella se despereza, y a él le pasa lo mismo...
Con maneras corteses, con prudente mutismo,
van tejiendo las horas uno tras otro mes...

Hasta que un día advierten con espanto y locura
que en el éxodo triste, grávido de amargura,
en el barco del tedio no son dos sino tres...

TURRIS EBURNEA

En un árbol del huerto, en la corteza
agrietada del tronco, con cariño
mi mano la labró, cuando era niño,
humilde altar de rústica belleza.

Ahora, en el dolor, en la tristeza,
la entrelazo con hiedras y la ciño
al árbol de mi vida en desaliño,
que el frío invierno a sacudirla empieza.

Y hoy día, como ayer, Madre le llamo;
ayer entre el bosquecillo florecido,
entre hojas secas hoy y muerto tamo...

¡Qué inmensa pesadumbre hay en mis hombros!
Mas la miro surgir de mis escombros
como un alcázar de marfil pulido.

ENSUEÑO POSTUMO

Carpintero, la caja en que me encierren
hazla suave de un árbol de esta senda:
¡así podré soñar, cuando me entierren,
que estoy de vacaciones en la hacienda!

Este árbol díome sombra cuando niño,
a su abrigo pasé días enteros;
en el hogar fué todo de cariño
el resinoso olor de los gomeros.

En sus bosques vagué, de adolescente,
oyendo los lamentos casi humanos
que lanzan con el viento, de repente.

¡Cuántas horas de ensueño y de locura!
¡Cuántos nombres grabados con mi mano
en su corteza sonrosada y dura!